



Un país con
tu nombre Alejandro
Palomas

Jon, cuidador de elefantes en el zoo, y Edith, viuda que vive con sus once gatos, son los únicos habitantes de una aldea abandonada. Vecinos solitarios primero y ahora buenos amigos, no imaginan que la noche en que la veleta del viejo campanario gira sobre sí misma, el ojo del tiempo se posa sobre la aldea y la vida de ambos está a punto de girar con ella.

La llegada de la primavera trae consigo una inesperada decisión por parte de la dirección del zoo, a la que se suma un perturbador anuncio: el Ayuntamiento al que pertenece la aldea restaurará la casona en ruinas del lago para convertirla en hotel rural. La doble noticia cambiará de golpe las vidas de Jon y Edith, empujándolos a dar un paso hasta entonces tímidamente contemplado.

La amistad entre Jon y una callada elefanta llamada Susi, la relación entre Edith y su hija Violeta, desencontradas durante décadas, y una hora de la noche —«la hora trémula»— en la que pasa todo y todo queda conforman *Un país con tu nombre*: una historia sobre el amor en mayúsculas, la honestidad con los propios sueños y sobre la libertad llevada a su expresión más pura.

*A Susi,
la elefanta que no puede salir.*

*Esto, este país,
llevará siempre tu nombre, mamá.*

Somos, sobre todo,
la suma de nuestras renuncias.

I

Principios, una veleta y una niña con nombre de pájaro

Edith

Solo falta Jon.

Lo demás está a punto: la mesa puesta, la lasaña preparada para hornear y la ensalada de tomate en la nevera. Hay helado en el congelador: de vainilla con nueces de macadamia y de chocolate belga. A Jon le gusta combinarlos y a mí la verdad es que también, aunque casi nunca lo hago porque cuando estoy por ceder a la tentación cae sobre mí la voz de Andrea y me suelta eso de que combinar sabores de helado es casi peor que lo del café con leche: «Matar el café y deslechar la leche», decía.

Hoy hace cinco años que murió. Exactamente. Ese es el titular que preside el día y lo primero que he pensado esta mañana cuando ha sonado el despertador y he encendido la luz de la lamparilla. El 21 de junio. Desde entonces, todos los 21 de junio me despierto con la ausencia renovada de Andrea. Abro los ojos y siento ese nudo aquí, entre el esternón y la columna, como un segundo corazón cada vez más pequeño que se activa de pronto, relanzando titulares: Andrea estuvo aquí, esto pasó, ella pasó y aquí sigue porque yo sigo también. Enseguida regresa lo demás: destellos, imágenes, escenas sueltas que a veces hieren y otras alivian. Hace un rato, sin ir más lejos, cuando empezaba a preparar la lasaña, el olor del horno caliente me ha devuelto una de esas escenas y me he acordado de pronto de lo que nos llegamos a reír esa mañana, pocos días antes de que se fuera, cuando después de retirarle el desayuno me pidió que me sentara en la cama con ella y, con esa sorna que nunca perdió, me miró muy seria y dijo:

–Edith, he estado pensando y creo que, si te esfuerzas un poco, quizá llegues a batir el récord de peor currículum

posible del estado civil en una mujer.

La miré sin entender.

–Escucha esto –continuó, cogiendo su libreta de la mesilla. Y leyó–: «Diecinueve años casada con un abogado belga que ordenaba los calzoncillos por colores y a las amantes por edades, veintiséis años siendo la mujer de otra mujer, también abogada, por cierto, y dentro de nada...» –La falta de aire le impidió acabar la frase. Tuvo un ataque de tos, una tos oscura y llena de flemas que cada vez ocupaba más pulmón. Esperé y ella lo agradeció–. Resumiendo –dijo, volviendo a lo suyo–: Mal casada, mal divorciada, madre de Violeta, que da para una categoría aparte, lesbiana conversa y viuda. Deberías donarte a la ciencia. O a la NASA.

Nos reímos. Tenía razón. Hasta que pudimos seguir robándole oxígeno a la tos, nos reímos mucho, en parte porque el retrato era el que era y en parte porque reír era lo único que ella se permitía desde que las dos habíamos aceptado que el final estaba cerca. Andrea se reía de lo poco que le quedaba y a mí esa capacidad de vivir como si la vida fuera lo de menos era lo primero que me había enamorado de ella y lo que siguió enamorándome hasta que ya no estuvo. Por eso cuidarla fue tan difícil: cuando tuvimos la certeza de que la enfermedad había llegado para llevársela, las dos entendimos que ya no había nada que construir juntas y eso lo aceleró todo. Lo que había que construir ya estaba hecho. Solo nos quedaba esperar y nosotras, lo nuestro, había sido siempre hacer, ganar terreno a los años que habíamos pasado viviendo por separado vidas anteriores y recuperar el tiempo para exprimir la que habíamos encontrado juntas. No sabíamos esperar, no iba con nosotras. A esas alturas, lo único que podíamos construir era una despedida hermosa durante el corto paréntesis que la enfermedad nos quitó y también nos regaló, y creo que lo conseguimos, aunque visto desde ahora ya no sé si lo que hicimos fue construir una despedida en

común o si en realidad fue todo un plan urdido por Andrea para tejer a mi alrededor un andamiaje que me sujetara a la vida cuando ella ya no estuviera.

Durante esas últimas semanas empezó a insistir en que, cuando ella se hubiera ido, yo debía vender la casa y marcharme de la aldea.

–Este ha sido nuestro proyecto, Edith, la vida que hemos querido juntas –repetía–. Te conozco y sé que si te quedas te quedarás del todo, te confundirás con esto y lo que tendrás aquí no será vida. La que se acaba es la mía y la nuestra, no la tuya. Piénsalo.

Al principio se me ocurrió que esa nueva obsesión, porque en eso se convirtió al poco, formaba parte de la enfermedad. Las metástasis jugaban con su cerebro como si una mano negra hubiera hecho de él uno de esos tableros habitados por barcos de distintos tamaños –un cuadrado, dos, tres y el portaviones, el importante, en cuatro cuadros–, hundiendo ahora el A3, probando luego con el D6, provocando nada a veces y otras haciendo uso de armamento pesado y dejándola cada vez más débil y más expuesta al ataque. Pero me equivoqué. No era la enfermedad. La enfermedad apremiaba y aceleraba en ella procesos que ya estaban allí, pero no era el motor.

–Si esto fuera al revés, y la enferma hubieras sido tú, yo no me quedaría –volvía a la carga–. Sin ti aquí, no podría.

No me gustaba. No me gustaba que me hablara así, porque sabía que lo decía de verdad y porque no era justa. La que se quedaba era yo, era yo quien iba a tener que vivir sin nosotras. ¿Cómo podía pedirme que pensara en irme de la aldea si apenas tenía fuerzas para seguir hasta el final con ella? Algunas veces conseguía sacarme de quicio con tanta insistencia y terminábamos discutiendo. Después, ya rebajada la tensión, me reconcomía la culpa. Sabía, porque lo había vivido años antes con mamá, que discutir con quien ya se va es sumar un nudo al recuerdo que habrá de llegar y que esos nudos se ulceran y atoran el

duelo. «Tienes setenta y un años, Edith. No puedes pararte aquí». Ese era el mensaje repetido de Andrea y yo lo odiaba, odiaba el mensaje y también a su mensajera, porque cuando la oía hablarme del futuro sin ella, me sentía rechazada y aparte, y la odiaba por dejarme, por obligarme a vivir su ausencia y no ponerse en mi lugar como yo esperaba que lo hiciera. Luego llegaba lo peor: me odiaba por odiarla y por tener que cuidarla, porque no podía irse así, tan pronto, no podíamos pararnos ahí, en la mitad del camino. Ese no había sido el trato. Parar a descansar, sí. A morir, no.

Han sido treinta años en esta casa, veinticinco con Andrea y cinco sin ella, cientos de retales de vida contenidos aquí, entre estas paredes llenas de nosotras. Papá decía que las casas que dejamos son ciudades de un mapa que, visto desde arriba, dibuja una silueta que resume al final de nuestro paso lo que hemos sido: a veces un ojo, otras un pulmón, una mano, un niño, una montaña o un planeta pequeño, redondo como una moneda. «Son las piezas de un puzle que, cuando ya no estemos, completará el paisaje de nuestra memoria. Sin ellas flotaríamos, no podría ser», decía.

Las casas. Las casas y lo que dejamos bajo sus techos. El eco de las peleas, de los acuerdos, de las renunciadas, las reconciliaciones, todas esas voces grabadas en las paredes, solapadas por las de los habitantes que llegan después. Las casas están construidas sobre frases, silencios y esperas, por eso los siglos no pueden con ellas. Están demasiado habitadas.

Tropezamos con esta por casualidad. Fue un domingo. Habíamos pasado el fin de semana en el hotel rural de unas amigas de Andrea y de regreso a la ciudad habíamos decidido dedicar la tarde a recorrer pueblos y caminos de la zona. Nos perdimos. En esa época perderse no era difícil. Carreteras secundarias que no salían en los mapas, pueblos que tampoco. Llegamos a la aldea después de

comer, cuando el sol de finales de otoño rozaba el valle entre una maraña de ocres, rojos y amarillos y el verde opaco de las encinas y de los pinos. Descendimos hasta el lago en coche y aparcamos junto al caserón tapiado situado en la orilla opuesta a la del pueblo. Bordeamos el agua en silencio y nos aventuramos en la aldea, deambulando entre las casas derruidas y pasando junto a la iglesia, con su enorme veleta en lo alto del campanario, el minúsculo cementerio y los pajares de techos hundidos y manchados de flores, paja podrida y restos de animales. El aire frío acompañaba bien y la luz parecía conocida. Recorrimos la aldea en nada, son apenas diez casas o lo que queda de ellas. Después, cuando emprendimos el camino de regreso, nos detuvimos delante de una de las dos únicas construcciones que seguían enteras. Supusimos que debían de haber sido las últimas en quedar deshabitadas. De hecho, al pasar por delante de la segunda, una edificación de piedra con un jardín enmarañado y un portalón de madera enorme, vimos restos de muebles: una mesa antigua y unas sillas arrinconadas en un porche. A un lado de la puerta principal, una mancha de color naranja colgaba de una ventana. Nos acercamos.

Era un cartel pequeño, viejo y casi podrido. Decía: SE VENDE. Debajo había un teléfono garabateado con rotulador y, entre paréntesis, habían añadido: «Llamar o preguntar en el obispado».

El resto es historia. Treinta años llenos de historias de todas las formas, tamaños y acordes. El recuerdo es infinito. De todas ellas, quedamos yo, la casa y once gatos.

Y Jon, claro, pero él llegó mucho después de que Andrea se fuera y de hecho no cuenta, porque no forma parte de esta casa ni de lo que yo he sido en ella. De la aldea sí, aunque solo sea porque es mi único vecino, y de la última Edith también. Quién iba a decirme hace tres años, cuando Mer y él se instalaron en la antigua escuela, que las cosas iban a darse así y que ese «así» nos traería aquí

esta noche, a esta cocina, a esta mesa y a este momento. En cualquier caso, después de todo lo que ha ocurrido en los últimos meses, supongo que ya nada debería sorprenderme.

Esta mañana, mientras limpiaba la arena de los gatos, pensaba en la cena y en Jon, y, una vez más, he vuelto a imaginarme el peor final para esta noche. Ya sé, ya sé que a mi edad –son setenta y seis más que cumplidos– debería haber aprendido que quizá el error es pensar que las verdades y las mentiras son muchas, que hay muchas. Quizá lo único que existe sea una sola verdad de la que nacen todas las demás, y en cada uno de nosotros esa verdad tiene un nombre. Eso lo repetía mucho Andrea, sobre todo al final, cuando ya la suerte estaba echada y hablaba así, resumiendo y queriendo decir. «Esa verdad única es como la contraseña que nos marca la vida, el color de la vida de cada uno», decía. Y también que somos países sin nombre. «El nombre está, siempre estuvo ahí, pero lo olvidamos demasiado pronto y nos pasamos la vida intentando recordar. Y eso cansa, cansa mucho. A veces nos parece haberlo soñado. Luego, durante la vida hay instantes de lucidez que nos desarman y en los que de nuevo recordamos. Son los momentos de las grandes muertes, esos impactos que marcan un gran antes y un después aún mayor y que nos dejan desnudos y nos obligan a mirarnos sin el filtro de lo aprendido, momentos en que, si cerramos los ojos, nos atrevemos a ver lo que somos: un país pequeño y asustado que busca su nombre, su contraseña, su entraña».

Hace tres meses, el día que llegó la primavera, Jon y yo vivimos uno de esos momentos contraseña y emprendimos a la vez un viaje que ninguno de los dos habíamos previsto. Hoy diría que más que casualidad fue sincronía, pero claro, es fácil decirlo ahora. En aquel entonces ignorábamos que esas veinticuatro horas y los días que transcurrirían hasta hoy iban a ser un tiempo tan difícil como

compartido, y también hermoso, muy hermoso. Jon no sabe que esta cena, esta noche, es mucho más de lo que él cree. Ni siquiera imagina que la contraseña de su nombre está aquí, escrita en esta cocina, y que su pequeño país tiene un nombre que es verdad porque yo lo conozco, lo conozco desde hace más tiempo del que él cree.

Jon confía en que esta noche nos reuniremos para celebrar. Y no lo culpo. Ese es el plan: celebrar haber tomado decisiones difíciles, la esperada llegada del verano, celebrar que a fin de cuentas todo ha salido bien... Cree que este es el premio que nos hemos ganado por valientes y por haber conjurado bien todos los cambios y retos que desató ese 21 de marzo que ninguno de los dos olvidará porque ya es parte de nuestro mapa interior.

Pero se equivoca.

Ese día la primavera hizo girar la veleta y fui yo quien giró con ella.

Esta noche, en cambio, el verano que nace trae consigo una verdad que es Jon en estado puro. Es lo que él no sospecha y lo que yo no puedo no decir.

Puede que él se pierda en esa verdad o con ella.

O puede que sea yo quien pierda a Jon.

Quién sabe.

Jon

El día que empezó la primavera pasaron dos cosas que lo cambiaron todo. La primera fue una llamada, la segunda una niña. Visto desde ahora, en pleno mes de junio que ya casi termina, es fácil entender que las dos cosas estaban unidas por un hilo invisible que las sumaba y les daba un sentido, pero en aquel momento no supe ver las señales. Demasiados años desentrenado, demasiado acostumbrado a la calma. El paso del tiempo me había convencido de que a mi edad todo lo intenso, lo que la vida tiene de vida y de imprevisto, había sido vivido ya.

El error fue mío y tendría que haberlo imaginado. «La vida no se relaja, no se relaja nunca, Jon. Se la juega y nos la juega hasta el final». La de la vida y el juego es una de las frases favoritas de Mer. Esa y también: «Por eso nos cuesta tanto marcharnos». Y lo dice ella, que vive la vida y la muerte como si fueran una, entregada a tiempo completo a sus colonias de lagartos, a sus pingüinos y sus caimanes, estudiando la supervivencia en rincones del planeta en los que la vida humana cuenta poco o nada.

Ese primer día de primavera, cuando volvía a casa del trabajo en la moto me acordé de Mer y de su frase. En cuanto sus palabras resonaron en mi cabeza sobre el rugido del tráfico, calculé automáticamente el tiempo que faltaba para reunirme con ella. Octubre, habíamos decidido que en octubre. En poco más de seis meses y una semana. Mejor en octubre o en noviembre, por eso de aprovechar la primavera tardía en el hemisferio sur. Chile, Argentina, Australia, Sudáfrica... «No hay pingüinos en el hemisferio norte, Jon». Mer es mundo pingüino sí o sí. «La vida no se relaja, Jon. No se relaja nunca».

Esa misma noche, en casa, esta vida que no se relaja me trajo una segunda voz. Mientras en el telediario ponían el desahucio de un par de hermanos jubilados vestidos con unos viejos monos de pintor, me acordé de pronto del abuelo Ismael y –qué puntual es la memoria– me vino a la cabeza la escena de las últimas horas que, siendo yo un chaval, habíamos pasado juntos en el hospital.

El abuelo Ismael era uno de esos tipos de campo que el hambre había trasplantado desde el sur hasta el extrarradio de la ciudad. Uno de miles. El hombre hablaba poco, nunca con los niños, y en casa lo temíamos. Nos aterraban sus silencios, el olor a tabaco que avisaba de su llegada y los nudillos que te clavaba cuando te cruzabas con él en mala hora. No decía, el abuelo nunca decía, y ese no decir a la abuela la tenía loca y al resto de nosotros nos violentaba como pocas cosas, porque al hombre había que leerle la mirada y eso no era fácil. Un día se cayó de su escalera de pintor y se partió la espalda y la mitad de la cabeza. Cuando a la mañana siguiente fuimos a verlo al hospital, él aprovechó que mamá había bajado a la cafetería a por un café y bocadillos para gruñirme un mensaje que, por venir de quien venía, me pareció casi extraterrestre: «Vete con ojo, chaval –dijo, señalándome con ese dedo torcido, lleno de nudos y callos. Me sorprendió descubrir que no tenía una voz ronca de viejo ogro, sino aguda, casi como la de la abuela–. Hay vidas que pasan así –siguió, volviéndose hacia la ventana–, como la mía, sin que pase nunca nada. Y uno piensa: “mira tú, qué suerte, tan tranquilo todo, tan de buen hacer el tiempo y lo que trae”, hasta que el día que pasa, pasa todo. Y me da que los hombres de esta familia somos de esos, porque tu bisabuelo Ramón menudo era. Así que ojito, ¿me oyes?».

Eso fue por la mañana. A mediodía, tía Ángela apareció en el hospital llorando de alegría porque nos había tocado un pleno en la quiniela del bloque y solo había habido otro acertante. Que lo habían dicho en las noticias, re-

petía como si le hubieran dado cuerda. Y esa misma tarde, tío Santiago, el hermano mayor de mi madre, desapareció con una novia portuguesa que nadie le conocía y con ellos se esfumó también todo el dinero que había cobrado del boleto. El bloque se quedó sin su premio y nosotros nunca volvimos a verle el pelo.

«¿Lo ves? –me gruñó el abuelo desde la cama con una macabra sonrisa de satisfacción, guiñándome el único ojo que le habían dejado a la vista cuando volví a visitarlo al día siguiente–. ¿Qué te había dicho? Aquí nunca pasa nada hasta que un día pasa todo. Ahí lo tienes: tres de tres».

Una hora más tarde, después de que la enfermera repartiera las cenas, cerró el ojo vivo, soltó un suspiro hondo como el ronquido de un elefante y dejó de respirar.

Vidas en las que no pasa nada, hasta que un día pasa todo. Los hombres de esta familia. Nosotros.

Lo de acordarme del abuelo fue casi a medianoche, después de un día largo y extraño cargado de novedades que, además de marcar el final oficial del invierno, no había terminado de la mejor manera. Había empezado, eso sí, como cualquier otro: por la mañana, al subir a la moto, sobre los cipreses de la iglesia el cielo ya respiraba jirones de añil y el denso olor a bosque impregnaba el aire. En el lago, pequeñas espirales de luz cruzaban el agua con la brisa y el silencio era casi líquido. Tenía una hora y media de viaje por delante. Esa ha sido y sigue siendo mi rutina estos últimos años: ducha a las seis y cuarto, a las siete y cinco arranco, cruzo el puente de tablones sin apenas dar gas para no despertar a Edith cuando paso por delante de su casa y durante los siguientes quince minutos bajo por la pista forestal que lleva al pueblo. A esa hora el valle pertenece a los animales que lo habitan y que aparecen sin avisar entre las tupidas paredes de árboles de los márgenes: zorros, corzos, conejos, tejones, búhos, perdices, jabalíes... A medida que asoma el sol, la vida nocturna se retira a toda prisa, huyendo del día y del encuentro con lo